

Pascua 2017

SECRETARIADO
DE ESPIRITUALIDAD

Textos de los Santos Padres para la reflexión

VIGILIA DEL SÁBADO

¡Oh mística largueza! ¡Oh Pascua divina!

Ya brillan los rayos de la sagrada luz de Cristo, ya aparecen las puras luminarias del Espíritu puro, que nos abren los tesoros de la gloria celeste y de la regia divinidad. Disipóse la densa y oscura noche, y la odiosa muerte ha sido relegada a la oscuridad; a todos se les brinda la vida, todo rebosa de luz indeficiente y los que van naciendo entran en posesión del universo de los renacidos: y el nacido antes de la aurora, grande e inmortal, Cristo, resplandece para todos más que el sol. Por eso, en él nos ha amanecido a los creyentes un día rutilante, interminable, eterno, la Pascua mística, ya prefigurada y celebrada por la ley; la Pascua, obra admirable de la fuerza y el poder de la divinidad, es realmente la fiesta y el memorial legítimo y sempiterno: es paso de la pasión a la impasibilidad, de la muerte a la inmortalidad, de la juventud a la madurez; es curación tras la herida, resurrección tras la caída, ascensión tras el descenso. Así es como Dios realiza cosas grandes, así es como de lo imposible crea cosas estupendas, para demostrar que él es el único que puede todo lo que quiere.

....

Las mujeres fueron las primeras en ver al Resucitado. Para que así como fue una mujer la que introdujo en el mundo el primer pecado, fuera asimismo la mujer la primera en anunciar al mundo la vida. Por eso las mujeres oyen la voz sagrada, *Alegraos*, para que el dolor primero fuera suplantado por el gozo de la resurrección; y para que los incrédulos dieran fe a su resurrección corporal de entre los muertos. Cuando hubo transformado en hombre celestial la imagen entera del hombre viejo que había sumido, entonces subió al cielo

llevando consigo aquella imagen de esta forma transformada. Y viendo las potencias angélicas aquel magnífico misterio de un hombre que ascendía juntamente con Dios, gozosas recibieron el encargo de gritar a los ejércitos celestiales: *¡Portones!, alzad los dinteles, que se alcen las antiguas puertas: va a entrar el Rey de la gloria.*

Y ellas a su vez, viendo un nuevo milagro, es decir, a un hombre unido a Dios, gritan y dicen: *¿Quién es ese Rey de la gloria?* Y las potencias angélicas interrogadas vuelven a contestar: *El Señor de los ejércitos: él es el Rey de la gloria, el héroe valeroso, el héroe de la guerra.*

¡Oh mística largueza! ¡oh solemnidad espiritual! ¡oh Pascua divina, que desciende del cielo a la tierra y de nuevo asciende desde la tierra! ¡oh Pascua, nueva iluminación de las lámparas, decoro virginal de las candelas! Por eso, ya no se extinguen las lámparas de las almas, pues por un efecto divino y espiritual en todos es visible el fuego de la gracia, alimentado por el cuerpo, el espíritu y el óleo de Cristo.

Te rogamos, pues, Señor Dios, Cristo, rey espiritual y eterno, que extiendas tus manos poderosas sobre tu santa Iglesia y sobre tu pueblo santo, defendiéndolo, custodiándolo y conservándolo siempre. Exhibe ahora tus trofeos en favor nuestro, y concédenos la gracia de poder cantar con Moisés el canto de victoria, porque tuya es la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén" (San Hipólito, Homilía 6 en la Pascua 1,5: PG 59, 735, 743-746).

PRIMER DOMINGO DE PASCUA

Jn 20, 1-9

Juan, amado por Cristo, con amor de predilección

“Juan es aquel que permaneció virgen y recibió por gracia singular y como tesoro preciosísimo, a la Virgen Madre, única entre las madres; Juan es aquel a quien Cristo amó con amor de predilección y mereció ser llamado hijo, con preferencia a los otros evangelistas. Por eso hace resonar con fuerza la trompeta al anunciarnos los prodigios de la resurrección del Señor de entre los muertos, y al relatarnos con mayor claridad el modo cómo se manifestó a sus discípulos, según lo hayamos escrito en su evangelio, cuando nos dice: El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien tanto quería Jesús. Así es como se presenta a sí mismo.

Juan y Pedro, habiendo oído a María, van corriendo al sepulcro, donde vieron que había salido la Vida; y habiendo visto y creído, admirados por las pruebas se volvieron a casa.

....

Porque los apóstoles, corriendo al sepulcro, sólo vieron las vendas y el sudario; María, en cambio, por su firmeza y constancia, perseverando hasta el fin a la entrada del sepulcro, llegó a ver no sólo a los ángeles, sino al mismo Señor de los ángeles en la carne, antes que los apóstoles.

Este templo que veis, es un símbolo de aquel sepulcro; y no sólo un símbolo, sino una realidad mucho más sublime. Detrás de esa cortina, en el interior, está el lugar donde se coloca el cuerpo del Señor, y ahí está también la mesa o el altar santo. Así pues, lo mismo que María, todo el que se acerque con presteza a la recepción del misterio divino y persevere hasta el fin, teniendo recogida en Dios su propia alma, no sólo reconocerá las

enseñanzas de la Escritura santa, redactada por el Espíritu de Dios, ni sólo a los ángeles que anunciaron el misterio de la divinidad y humanidad del Verbo de Dios, encarnado por nosotros, sino que verá también y sin ningún género de duda al mismo Señor con los ojos del alma, y también con los del cuerpo.

Pues aquel que con fe ve la mesa mística y el pan de vida depositado sobre ella ve al mismo Verbo de Dios oculto bajo las especies, hecho carne por nosotros y habitando en nosotros como en un sagrario. Más aún: si es considerado digno de recibirle, no sólo le ve, sino que participa de él, le recibe en sí mismo como huésped, y es enriquecido con el don de la misma gracia divina. Y así como María Magdalena vio lo que antes que nada los apóstoles deseaban ver, así el alma, poseída por la fe, será considerada digna de ver y de gozar de aquello que —según el apóstol— los ángeles desean penetrar, divinizándose por completo, tanto por la contemplación como por la participación de estos misterios” (Gregorio de Palamás, Homilía 20) (PG 151, 266.271).

SEGUNDO DOMINGO DE PASCUA

Jn 20, 19-31

Apariciones y perdón de los pecados

“Las puertas cerradas no podían impedir el paso a un cuerpo en quien habitaba la Divinidad, y así pudo penetrar las puertas El, que al nacer dejó inmaculada a su Madre.

Los clavos habían taladrado las manos, la lanza había abierto el costado, y las heridas se conservaban para curar el corazón de los que dudaran.

“Como el Padre me envió, también yo os envío”. Nosotros reconocemos que el Hijo es igual al Padre, pero en estas palabras reconocemos al Mediador, porque El se manifiesta diciendo: “Él a mí y yo a vosotros”.

La caridad de la Iglesia, que por el Espíritu Santo se infunde en nuestros corazones, perdona los pecados de los que son participantes de aquella, pero de aquellos que no lo son, los retiene. Por eso, después que dijo “Recibid el Espíritu Santo”, habló a continuación del perdón de los pecados y de su retención.

Tomás, viendo y tocando al hombre, le confesaba Dios, a quien no veía ni tocaba. Pero por lo que veía y tocaba, depuesta toda duda, creía; por eso sigue: “Respondió Tomás y le dijo: Señor mío y Dios mío”.

No dice me tocaste, sino me viste, porque el sentido de la vista se generaliza en los otros cuatro sentidos; como cuando decimos: Oye, y verás qué bien suena; huele, y verás qué bien sabe; toca, y verás qué buen temple. Por esto, al decir el Señor “Pon tu dedo aquí, y mira mis manos” ¿qué otra cosa quiere decir sino toca y mira? Y esto que él no tenía ojos en el dedo, pero bien sea mirando, bien tocando, le dice: “Porque me viste, creíste”. Aunque pudiera decirse que el discípulo no se hubiera atrevido a tocarle, cuando el Señor se ofreciera a ello.

Usó en sus palabras el tiempo de pretérito, como si fuera ya hecho lo que conocía en su predestinación que había de suceder” (San Agustín, in Ioannem, tract. 121. Comentario a *Jn 20, 10-29*, dictado en Hipona, probablemente el sábado 10 de julio de 420) (http://www.augustinus.it/spagnolo/commento_vsg/omelia_121_testo.htm).

TERCER DOMINGO DE PASCUA

Lc 24, 13-35

Signos de la presencia del Resucitado: lo reconocieron al partir el pan

“... El evangelio de este domingo —el tercero de Pascua— es el célebre relato llamado de los discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 13-35). En él se nos habla de dos seguidores de Cristo que, el día siguiente al sábado, es decir, el tercero desde su muerte, tristes y abatidos dejaron Jerusalén para dirigirse a una aldea poco distante, llamada precisamente Emaús. A lo largo del camino, se les unió Jesús resucitado, pero ellos no lo reconocieron. Sintiendo desconsolados, les explicó, basándose en las Escrituras, que el Mesías debía padecer y morir para entrar en su gloria. Después, entró con ellos en casa, se sentó a la mesa, bendijo el pan y lo partió. En ese momento lo reconocieron, pero él desapareció de su vista, dejándolos asombrados ante aquel pan partido, nuevo signo de su presencia. Los dos volvieron inmediatamente a Jerusalén y contaron a los demás discípulos lo que había sucedido.

La localidad de Emaús no ha sido identificada con certeza. Hay diversas hipótesis, y esto es sugestivo, porque nos permite pensar que Emaús representa en realidad todos los lugares: el camino que lleva a Emaús es el camino de todo cristiano, más aún, de todo hombre. En nuestros caminos Jesús resucitado se hace compañero de viaje para reavivar en nuestro corazón el calor de la fe y de la esperanza y partir el pan de la vida eterna.

En la conversación de los discípulos con el peregrino desconocido impresiona la expresión que el evangelista san Lucas pone en los labios de uno de ellos: «Nosotros esperábamos...» (Lc 24, 21). Este verbo en pasado lo dice todo: Hemos creído, hemos seguido, hemos esperado..., pero ahora todo ha terminado. También Jesús de Nazaret, que se había manifestado como un profeta poderoso en obras y palabras, ha fracasado, y nosotros estamos decepcionados.

Este drama de los discípulos de Emaús es como un espejo de la situación de muchos cristianos de nuestro tiempo. Al parecer, la esperanza de la fe ha fracasado. La fe misma entra en crisis a causa de experiencias negativas que nos llevan a sentirnos abandonados por el Señor. Pero este camino hacia Emaús, por el que avanzamos, puede llegar a ser el camino de una purificación y maduración de nuestra fe en Dios.

También hoy podemos entrar en diálogo con Jesús escuchando su palabra. También hoy, él parte el pan para nosotros y se entrega a sí mismo como nuestro pan. Así, el encuentro con Cristo resucitado, que es posible también hoy, nos da una fe más profunda y auténtica, templada, por decirlo así, por el fuego del acontecimiento pascual; una fe sólida, porque no se alimenta de ideas humanas, sino de la palabra de Dios y de su presencia real en la Eucaristía.

Este estupendo texto evangélico contiene ya la estructura de la santa misa: en la primera parte, la escucha de la Palabra a través de las sagradas Escrituras; en la segunda, la liturgia eucarística y la comunión con Cristo presente en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre. La Iglesia, alimentándose en esta doble mesa, se edifica incesantemente y se renueva día tras día en la fe, en la esperanza y en la caridad. Por intercesión de María santísima, oremos para que todo cristiano y toda comunidad, reviviendo la experiencia de los discípulos de Emaús, redescubra la gracia del encuentro transformador con el Señor resucitado” (Papa emérito Benedicto XVI. «Regina Caeli» del III Domingo de Pascua, 6 de abril de 2008).

CUARTO DOMINGO DE PASCUA

Jn 10, 1-10

Yo soy la puerta de las ovejas. Sin eterno vivir no hay recto vivir

“En verdad, en verdad os digo: quien no entra por la puerta al redil de las ovejas, sino que trepa por otro lado, ése es ladrón y asesino (Jn 10, 1). Dijeron, en efecto, que ellos no eran ciegos; podrían empero ver entonces, si fuesen ovejas de Cristo. ¿En virtud de qué se usurpaban la luz quienes se enfurecían contra el Día? Por la vana, orgullosa e insanable arrogancia de ellos, pues, el Señor Jesús ha entrelazado esas cosas mediante las que, si prestamos atención, nos ha avisado salubrementemente. Hay, en efecto, muchos a quienes según cierta costumbre de esta vida se califica de hombres buenos —varones buenos, mujeres buenas—, inocentes y que observan, por así decirlo, lo que en la Ley está preceptuado, que otorgan honor a sus padres, no fornican, no perpetran homicidio, no cometen hurto, no presentan falso testimonio contra nadie y observan, digamos, lo demás que la Ley manda. No son cristianos, mas generalmente se jactan como éstos: ¿Acaso también nosotros somos ciegos? Pero, porque todo eso que hacen, mas desconocen a qué fin referirlo, lo hacen inanemente, en la lectura hodierna ha propuesto el Señor la comparación acerca de su rebaño y de la puerta por la que se entra al redil. Digan, pues, los paganos: «Vivimos bien». Si no entran por la puerta, ¿qué les aprovecha eso de que se glorían? En efecto, vivir bien debe aprovechar a cada uno para esto, para que le sea dado vivir siempre, porque a quien no le es dado vivir siempre, ¿qué le aprovecha vivir bien? ¡Que tampoco ha de decirse que viven bien quienes por ceguera desconocen la finalidad de vivir bien, o por engreimiento la desprecian! Pues bien, nadie tiene esperanza verdadera y cierta de vivir siempre, si no reconoce la Vida, cosa que es Cristo, y si por la entrada no entra al redil.

La filosofía pagana no lleva a la vida eterna

Tales hombres, pues, buscan generalmente persuadir a los hombres a vivir bien y a que no sean cristianos. Quieren trepar por otra parte; robar y asesinar, no guardar y salvar como el pastor. Hubo, pues, ciertos filósofos que sobre virtudes y vicios han tratado, matizado, definido muchas sutilezas, concluido raciocinios agudísimos, llenado libros, blandido con bocas crepitantes su sabiduría, los cuales osaron incluso decir a los hombres: «Seguidnos, adheríos a nuestra escuela, si queréis vivir felizmente». Pero no habían entrado por la puerta: querían destruir, aniquilar y asesinar” (San Agustín. Tratado 45, sobre Jn 10, 1-10. nº1-4. Comentario a Jn 10,1-10, predicado en Hipona un sábado de septiembre u octubre de 414).

QUINTO DOMINGO DE PASCUA

Jn 14, 1-12

Misericordia y oración: vida íntima con el Señor

“¿Por qué en la oración nos preocupamos de tantas cosas y nos preguntamos cómo hemos de orar, temiendo que nuestras plegarias no procedan con rectitud, en lugar de limitarnos a decir con el salmo: *Una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor por los días de mi vida; gozar de la dulzura del Señor, contemplando su templo?* En aquella morada, los días no consisten en el empezar y en el pasar uno después de otro ni el comienzo de un día significa el fin del anterior; todos los días se dan simultáneamente, y ninguno se termina allí donde ni la vida ni sus días tienen fin.

Para que lográramos esta vida dichosa, la misma Vida verdadera y dichosa nos enseñó a orar; pero no quiso que lo hiciéramos con muchas palabras, como si nos escuchara mejor cuanto más locuaces nos mostráramos, pues, como el mismo Señor dijo, oramos a aquel que conoce nuestras necesidades aun antes de que se las expongamos.

Puede resultar extraño que nos exhorte a orar aquel que conoce nuestras necesidades antes de que se las expongamos, si no comprendemos que nuestro Dios y Señor no pretende que le descubramos nuestros deseos, pues él ciertamente no puede desconocerlos, sino que pretende que, por la oración, se acreciente nuestra capacidad de desear, para que así nos hagamos más capaces de recibir los dones que nos prepara. Sus dones, en efecto, son muy grandes, y nuestra capacidad de recibir es pequeña e insignificante. Por eso se nos dice: *Ensanchaos; no os unzáis al mismo yugo con los infieles.*

Cuanto más fielmente creemos, más firmemente esperamos y más ardientemente deseamos este don, más capaces somos de recibirlo; se trata de un don realmente inmenso, tanto, que *ni el ojo vio*, pues no se trata de un color; *ni el oído oyó*, pues no es ningún sonido; *ni vino al pensamiento del hombre*, ya que es el pensamiento del hombre el que debe ir a aquel don para alcanzarlo.

Así, pues, constantemente oramos por medio de la fe, de la esperanza y de la caridad, con un deseo ininterrumpido. Pero, además, en determinados días y horas, oramos a Dios también con palabras, para que, amonestándonos a nosotros mismos por medio de estos signos externos, vayamos tomando conciencia de cómo progresamos en nuestro deseo y, de este modo, nos animemos a proseguir en él. Porque, sin duda alguna, el efecto será tanto mayor cuanto más intenso haya sido el afecto que lo hubiera precedido. Por tanto, aquello que nos dice el Apóstol: *Sed constantes en orar*, ¿qué otra cosa puede significar sino que debemos desear incesantemente la vida dichosa, que es la vida eterna, la cual nos ha de venir del único que la puede dar? (San Agustín de Hipona. Cartas: Que nuestro deseo de la vida eterna se ejercite en la oración” (Carta 130, 8, 15.17—9, 18 a Proba: CSEL 44, 6-57.59-60 CSEL¹).

¹ *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum.*

SEXTO DOMINGO DE PASCUA

Jn 14, 15-21

La misericordia vivida desde los dones del Espíritu Santo

“Porque no vivirá con vosotros como yo, sino que habitará en vuestras almas, pues eso es lo que quiere decir que esté con vosotros. Lo llama Espíritu de la verdad, connotando así las figuras de la antigua ley. *Para que esté con vosotros. ¿Qué significa esté con vosotros?* Lo mismo que había dicho de sí mismo: *Yo estoy con vosotros*. Pero además insinúa otra cosa: No padecerá lo mismo que yo he padecido, ni se ausentará.

*El mundo no puede recibirlo porque no lo ve. Pero, ¿cómo? ¿Es que el Espíritu se contaba entre las cosas visibles? En absoluto. Lo que pasa es que Cristo se refiere aquí al conocimiento, pues añade: ni lo conoce, ya que habitualmente se llama visión al conocimiento penetrante. En efecto, siendo la vista el más destacado de los sentidos, mediante ella designa siempre el conocimiento penetrante. Llama aquí mundo a los perversos, y de esta suerte consuela a sus discípulos ofreciéndoles este precioso don. Mira cómo ensalza la grandeza de este don. Dice que es distinto de él; añade: «No os dejará»; insiste: vendrá únicamente a ellos, como también yo vine, dijo: *esté en vosotros*; pero ni aun así dispuso su tristeza. Todavía le buscaban a él, querían su compañía. Para tranquilizarlos dice: *Tampoco yo os dejaré desamparados, volveré. No temáis, dice; no he dicho que os enviaré otro Defensor porque yo vaya a dejaros para siempre; no he dicho: vive en vosotros, como si no haya de volver a veros. En realidad, también yo vendré a vosotros. No os dejaré desamparados*” (San Juan Crisóstomo, *Homilía 75 sobre el evangelio de san Juan* (1: PG 59, 403-405)).*

“Por tanto, ya nadie vive en la carne, es decir, ya nadie está sujeto a la debilidad de la carne, a la que ciertamente pertenece la corrupción, entre otras cosas; en este sentido, dice el Apóstol: *si alguna vez juzgamos a Cristo según la carne, ahora ya no*. Es como quien dice: *La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros*, y, para que nosotros tuviésemos vida, sufrió la muerte según la carne, y así es como conocimos a Cristo; sin embargo, ahora ya no es así como lo conocemos. Pues, aunque retiene su cuerpo humano, ya que resucitó al tercer día y vive en el cielo junto al Padre, no obstante, su existencia es superior a la meramente carnal, puesto que *murió de una vez para siempre y ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él. Porque su morir fue un morir al pecado de una vez para siempre; y su vivir es un vivir para Dios*.

....

Por lo cual, dice acertadamente san Pablo: *Todo esto viene de Dios, que por medio de Cristo nos reconcilió consigo*, ya que el misterio de la encarnación y la renovación consiguiente a la misma se realizaron de acuerdo con el designio del Padre. No hay que olvidar que por Cristo tenemos acceso al Padre, ya que nadie va al Padre, como afirma el mismo Cristo, sino por él. Y, así, *todo esto viene de Dios, que por medio de Cristo nos reconcilió y nos encargó el ministerio de la reconciliación* (San Cirilo de Alejandría, obispo. *Comentario sobre segunda carta a los Corintios 5,5 - 6,2*).

SÉPTIMO DOMINGO DE PASCUA

Mt 28, 16-20

La Ascensión

La fe se mantenga firme, la esperanza inmovible y el amor encendido

"Hoy nuestro Señor Jesucristo ha subido al cielo; suba también con él nuestro corazón. Oigamos lo que nos dice el Apóstol: Si habéis sido resucitados con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Poned vuestro corazón en las cosas del cielo, no en las de la tierra. Pues, del mismo modo que él subió sin alejarse por ello de nosotros, así también nosotros estamos ya con él allí, aunque todavía no se haya realizado en nuestro cuerpo lo que se nos promete.

....

En este sentido dice el Apóstol: Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. No dice: "Así es Cristo", sino: Así es también Cristo. Por tanto, Cristo es un solo cuerpo formado por muchos miembros. Bajó, pues, del cielo, por su misericordia, pero ya no subió él solo, puesto que nosotros subimos también en él por la gracia. Así, pues, Cristo descendió él solo, pero ya no ascendió él solo; no es que queramos confundir la divinidad de la cabeza con la del cuerpo, pero sí afirmamos que la unidad de todo el cuerpo pide que éste no sea separado de su cabeza" (San Agustín, obispo. Sermón 98, Sobre la Ascensión del Señor, 1-2; PLS 2, 494-495).

Lo que fue visible en nuestro Redentor, ha pasado a los ritos sacramentales

El misterio de nuestra salvación, amadísimos, que el Creador del universo estimó en el precio de su sangre, ha sido llevado a cabo según una economía de humildad desde el día de su nacimiento corporal hasta el término de la pasión. Y aunque bajo la condición de siervo irradiaron muchos signos manifestativos de su divinidad, sin embargo toda la actividad de este período estuvo orientada propiamente a demostrar la realidad de la humanidad asumida. En cambio, después de la pasión, rotas las cadenas de la muerte, que, al recaer en el que no conoció el pecado, había perdido toda su virulencia, la debilidad se convirtió en fortaleza, la mortalidad en eternidad, la ignominia en gloria, gloria que el Señor Jesús hizo patente ante muchos testigos por medio de numerosas pruebas, hasta el día en que introdujo en los cielos el triunfo de la victoria que había obtenido sobre los muertos.

Y así como en la solemnidad de Pascua la resurrección del Señor fue para nosotros causa de alegría, así también ahora su ascensión al cielo nos es un nuevo motivo de gozo, al recordar y celebrar litúrgicamente el día en que la pequeñez de nuestra naturaleza fue elevada, en Cristo, por encima de todos los ejércitos celestiales, de todas las categorías de ángeles, de toda la sublimidad de las potestades hasta compartir el trono de Dios Padre. Hemos sido establecidos y edificados por este modo de obrar divino, para que la gracia de Dios se manifestara más admirablemente, y así, a pesar de haber sido apartada de la vista de los hombres la presencia visible del Señor, por la cual se alimentaba el respeto de ellos hacia él, la fe se mantuviese firme, la esperanza inmovible y el amor encendido" (San León Magno, *Tratado* 74 (1-2: CCL 138A 455-457)).

PENTECOSTÉS

Jn 20, 19-23

La venida del Espíritu Santo: garantía de poder vivir la misericordia

La venida del Espíritu Santo: garantía de poder vivir la misericordia

“Hoy celebramos la santa solemnidad del día sagrado en que vino el Espíritu Santo. La festividad, grata y alegre, nos invita a deciros algo sobre el don de Dios, sobre la gracia de Dios y la abundancia de su misericordia para con nosotros, es decir, sobre el Espíritu Santo mismo. Hablo a condiscípulos en la escuela del Señor. Tenemos un único maestro, en el que todos somos uno, quien, para evitar que podamos vanagloriarnos de nuestro magisterio, nos amonestó con estas palabras: *No dejéis que los hombres os llamen maestro, pues uno es vuestro maestro: Cristo*. Bajo la autoridad de este maestro, que tiene en el cielo su cátedra —pues hemos de instruirnos con sus escritos—, poned atención a lo poco que voy a decir, si me lo concede quien me manda hablaros. Quienes ya lo sabéis, recordadlo; quienes lo ignoráis, aprendedlo. Con frecuencia estimula al espíritu dotado de una santa curiosidad el que la fragilidad y debilidad humana sea admitida a investigar tales misterios. De hecho, se la admite. En efecto, lo que está oculto en las Escrituras, no lo está para negar el acceso a ello, sino más bien para abrirlo a quien llame, según las palabras del mismo Señor: *Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá*. Los interesados en estas cosas se preguntan a menudo por qué el Espíritu Santo prometido fue enviado a los cincuenta días de su pasión y resurrección” (San Agustín. Sermón 270. nº 1. PL 38, 1237-1245. BAC nº 24).

“María Magdalena viene a comunicar a los discípulos que «He visto al Señor y me dijo esto». Como, pues, fuese tarde aquel día primero de la semana y a causa del miedo a los judíos estuviesen cerradas las puertas donde los discípulos estaban congregados, vino Jesús y se plantó en el medio y les dice: «Paz a vosotros». Y, como hubiese dicho esto, les mostró las manos y el costado.
...

Se alegraron, pues, los discípulos, visto el Señor. Les dijo, pues, de nuevo: «Paz a vosotros». La repetición es confirmación; en efecto, ese mismo da la paz sobre paz, prometida mediante un profeta. Como me envió el Padre, afirma, también yo os envío. Sabemos que el Hijo es igual al Padre, pero aquí reconocemos las palabras del Mediador, pues se muestra a sí mismo como intermediario, diciendo: «Él a mí, también yo a vosotros». Tras haber dicho esto, sopló y les dijo: «Recibid Espíritu Santo». Soplando ha indicado que el Espíritu Santo es el Espíritu no del Padre solo, sino también suyo.

Se condonan los pecados a esos cuyos pecados hayáis condonado, afirma, y quedan retenidos a esos cuyos pecados hayáis retenido. La caridad de la Iglesia, que mediante el Espíritu Santo se derrama en nuestros corazones, perdona los pecados de sus compañeros; en cambio, mantiene los de esos que no son compañeros suyos. Por eso, después que ha dicho: «Recibid Espíritu Santo», al instante ha añadido esto acerca de la condonación y retención de los pecados” (TRATADO 121. Comentario a Jn 20,10-29, Nº 4. dictado en Hipona, probablemente el sábado 10 de julio de 420) (http://www.augustinus.it/spagnolo/commento_vsg/index2.htm).

SANTÍSIMA TRINIDAD

Jn 3, 16-18

Fe, juicio y misericordia

“Pues Dios envió su Hijo al mundo no para que juzgue al mundo, sino para que el mundo se salve mediante él. En cuanto, pues, depende del médico, ha venido a sanar al enfermo. Se suicida el que no quiere observar los preceptos del médico. Ha venido el Salvador al mundo. ¿Por qué se le ha llamado Salvador del mundo, sino para que salve al mundo, no para que juzgue al mundo? Si no quieres que te salve, serás juzgado por ti mismo. ¿Y por qué diré «serás juzgado»? Mira qué afirma: *El que cree en él no es juzgado; quien, en cambio, no cree* —¿qué esperas que diga sino que es juzgado?— *ya está juzgado, asevera.* Aún no ha aparecido el juicio, pero ya está hecho el juicio. *El Señor conoce a quienes son suyos: conoce quiénes permanecerán hasta la corona, quiénes permanecerán hasta la llama; en su era conoce el trigo, conoce la paja; conoce la mies, conoce la cizaña. Ya está juzgado quien no cree.* ¿Por qué juzgado? *Porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.*

La confesión de los pecados

Ahora bien, *éste es el juicio: que la luz ha venido al mundo, y los hombres amaron las tinieblas más que la luz, pues eran malas las obras de ellos.* Hermanos míos, ¿de quiénes encontró el Señor obras buenas? De nadie. Malas encontró las obras de todos. ¿Cómo, pues, algunos han practicado la verdad y llegado a la luz? En efecto, sigue también esto: *Quien, en cambio, hace la verdad viene a la luz para que se manifiesten sus obras, porque están hechas según Dios.* ¿Cómo algunos han hecho la buena obra de venir a la luz, es decir, a Cristo, y cómo algunos *amaron las tinieblas?*

....

«Éste es el juicio: que la luz ha venido al mundo, y los hombres amaron las tinieblas más que la luz, pues eran malas las obras de ellos ¿Qué significa esto? En efecto, ¿de quiénes eran buenas las obras? ¿Acaso no has venido a justificar a los impíos? Pero *amaron las tinieblas más que la luz,* afirma.

Pues muchos han amado sus pecados y muchos han confesado sus pecados, ha puesto el acento ahí: en que quien confiesa sus pecados y acusa sus pecados ya obra con Dios. Dios acusa tus pecados; si también tú los acusas, te unes con Dios. Hombre y pecador: son como dos realidades. Dios ha hecho lo que oyes nombrar «hombre»; ese hombre mismo ha hecho lo que oyes nombrar «pecador». Para que Dios salve lo que ha hecho, destruye tú lo que has hecho. Es preciso que odies en ti tu obra y ames en ti la obra de Dios. Ahora bien, cuando empiece a disgustarte lo que has hecho, a partir de entonces empiezan tus obras buenas, porque acusas tus obras malas. Inicio de las obras buenas es la confesión de las obras malas. *Haces la verdad y vienes a la luz.* ¿Qué significa «haces la verdad»? No te halagas, no te lisonjeas, no te adulas; porque eres inicuo no dices «soy justo», y comienzas a hacer *la verdad.*

Por otra parte, *vienes a la luz, para que se manifiesten tus obras, porque están hechas según Dios,* ya que esto mismo, que te desagrade tu pecado, no sucedería si Dios no te iluminase y su verdad no te lo mostrase. (San Agustín. TRATADO 12. nº 12- 13. Comentario a Jn 3,6-21, predicado en Hipona, en 407, entre el lunes 4 y el sábado 9 de marzo) (http://www.augustinus.it/spagnolo/commento_vsg/index2.htm).

CORPUS CHRISTI

Jn 6, 51-58

La Eucaristía, alimento de la vida misericordiosa

“¿Qué palabras habéis oído de boca del Señor invitándonos? ¿Quién invitó? ¿A quiénes invitó y qué preparó? Invitó el Señor a sus siervos, y les preparó como alimento a sí mismo. ¿Quién se atreverá a comer a su Señor? Con todo, dice: *Quien me come vive por mí*. Cuando se come a Cristo, se come la vida. Ni se le da muerte para comerlo, sino que él da la vida a los muertos. Cuando se le come, da fuerzas, pero él no mengua. Por tanto, hermanos, no temamos comer este pan por miedo de que se acabe y no encontremos después qué comer. Sea comido Cristo; comido vive, puesto que muerto resucitó. Ni siquiera lo partimos en trozos cuando lo comemos. Y, ciertamente, así acontece en el sacramento, y saben los fieles cómo comen la carne de Cristo: cada uno recibe su porción, razón por la que a esa gracia llamamos «porciones». Se le come en porciones, y permanece todo entero; en el sacramento se le come en porciones, y permanece todo entero en el cielo, todo entero en tu corazón.

...

¿De dónde, cómo, por qué camino, por mérito de quién, por qué dignidad iba a comer el hombre pan de los ángeles a no ser que el creador de los ángeles se hiciera hombre? Comámoslo, pues, tranquilos; no se consume lo que comemos, y comámoslo para no consumirnos nosotros. ¿En qué consiste comer a Cristo? No consiste solamente en comer su cuerpo en el sacramento, pues muchos lo reciben indignamente, de los cuales dice el Apóstol: *Quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, come y bebe su condenación*.

Pero ¿cómo hay que comer a Cristo? Como él mismo indica: *Quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él*. Por tanto, si él permanece en mí y yo en él, es entonces cuando me come, es entonces cuando bebe; quien, en

cambio, no permanece en mí ni yo en él, aunque reciba el sacramento, lo que consigue es un gran tormento. Lo que él dice: *Quien permanece en mí*, lo repite en otro lugar: *Quien cumple mis mandamientos permanece en mí y yo en él*. Ved, pues, hermanos, que, si los fieles os separáis del cuerpo del Señor, hay que temer que muráis de hambre. En efecto, él mismo dijo: *Quien no come ni bebe mi sangre, no tendrá en sí vida*.

Si, pues, os separáis hasta el punto de no tomar el cuerpo y la sangre del Señor, es de temer que muráis; en cambio, si lo recibís y bebéis indignamente, es de temer que comáis y bebáis vuestra condenación. Os halláis en grandes estrecheces; vivid bien, y esas estrecheces se dilatarán. No os prometáis la vida si vivís mal; el hombre se engaña cuando se promete a sí mismo lo que no le promete Dios. Mal testigo, te prometes a ti mismo lo que la Verdad te niega. ¿Dice la Verdad: «Si vivís mal, moriréis para siempre», y tú te dices: «Vivo ahora mal y viviré por siempre con Cristo»? ¿Cómo puede ser posible que mienta la Verdad y tú digas la verdad? *Todo hombre es mentiroso*. Así, pues, no podéis vivir bien si él no os ayuda, si él no os lo otorga, si él no os lo concede. Por tanto, orad y comed de él. Orad y os libraréis de esas estrecheces. De hecho, él os llenará al obrar el bien y al vivir bien. Examinad vuestra conciencia. Vuestra boca se llenará con la alabanza y el gozo de Dios, y, una vez liberados de tan grandes estrecheces, le diréis: *Has librado mis pasos bajo mí y no se han borrado mis huellas*”. (San Agustín. Sermón 132 A. nº 1-2. MAI 129. MA 1, 375-377. PLS 2, 518-519. BAC nº 23).